

ciertamente la figura de Tobías el joven abrazando y dando tiernos ósculos á su anciano padre y llorando de alegría al regresar á su casa; pero ¿fué eso solamente lo que hizo aquel buen hijo para demostrar su amor al padre ciego? ¿No se apresuró á aplicarle la hiel milagrosa? ¿no le curó él mismo con sus manos? ¿no le devolvió la vista? ¿no se arrodilló junto con él para dar gracias al Dios de bondad?<sup>1</sup> «Si me amáis», dice el Señor, «guardad mis mandamientos.»<sup>2</sup> Si el hijo ama de veras, comprende muy bien que debe hacer suya la voluntad de su padre aun á costa de vencimiento y privaciones, comprende que debe procurar complacerle y no desagradarle jamás, que debe mirar por la honra de su nombre, disimulando, cuanto le sea posible, las sombras y manchas que pudieran empañarle, contribuyendo él mismo con una conducta decorosa á realzar el brillo del nombre paterno, lejos de envilecerlo y deshonorarlo con acciones degradantes. Tal es el verdadero significado del amor filial entendido lógicamente y cristianamente. Esto es honrar al padre como manda el Eclesiástico: *ex toto corde tuo*—de todo corazón<sup>3</sup>. En cuanto á la extensión, basta decir que, conforme á la enseñanza divina, abraza las obras, las palabras y hasta el sufrimiento<sup>4</sup>. Sí, hasta el sufrimiento: *Cum omni patientia*; porque, si el padre tiene mucho en que ejercitar la paciencia por parte de los hijos, también éstos, á su vez, pueden y suelen tener no poco que sufrir de parte de aquel, que al cabo y por bueno que sea, es hombre y no carece de defectos. Pero el amor virtuoso y sobrenatural todo lo lleva como leve carga, no ve las imperfecciones sino las buenas cualidades de los que le dieron la existencia, complácese en la aureola de estimación que les rodea, en los bienes de que por ventura disfrutan,

<sup>1</sup> Tob. 11, 11 et sqq.

<sup>2</sup> Io. 14, 15.

<sup>3</sup> Eccli. 7, 29.

<sup>4</sup> Ibid. 3, 9.

en las virtudes y talentos que les atribuye. Éste es el hijo sabio de quien dicen los sagrados Libros, que alegra á su padre, y á veces le sirve de lección con su cordura<sup>1</sup>.

7. Desde que el amor discreto y generoso ha llegado á enseñorearse del corazón del hijo, la educación ha conquistado su más poderoso auxiliar. Grandes son las dificultades que ofrece la formación del corazón del hombre para la virtud; pero el amor, así del hijo como del padre, es capaz de vencerlas todas. El amor hace agradables y fecundas las lecciones paternas, como hace grata al pedagogo la ruda tarea de enseñar. Todo maestro experimentado empieza por ganarse la voluntad de sus discípulos, seguro de que así le escucharán más atentos, se consagrarán más de veras al estudio y coronarán sus esfuerzos con lucido aprovechamiento. Preceptor que no inspira entusiasmo, no sacará buenos discípulos. Hijo que no ama á su padre, no saldrá bien educado. Hay más, y es que el gobierno, elemento principal de la educación, debe ser suave, en lo posible, no rígido y austero; pero esta suavidad depende principalmente del amor del que gobierna y del que es gobernado. El inferior que ama más bien que teme al superior, comprende que éste no busca en sus disposiciones otra cosa que el bien de aquél, y entonces no ve en la autoridad un yugo ni en la obediencia un fardo insoportable. Así miradas las cosas, todo marcha admirablemente y el resultado es seguro. Y ¿podrá el niño de corta edad mirar las cosas de este modo? Sí, por cierto, con tal que desde muy temprano se fomente en su corazón el sentimiento natural y cristiano del amor filial. No menos importante que éste es la docilidad en los niños, disposición que consideramos indispensable en el sujeto de la educación.

<sup>1</sup> Prov. 10, 1; 13, 1.

8. Menester es, carísimos hermanos, que el hombre se *deje enseñar*, si ha de llegar á aprender algo, y esto quiere decir *docilidad*, como si dijéramos ductilidad para ser enseñado. La docilidad exige primero oír, escuchar, y luego seguir y obedecer. El hijo debe por ley natural y por expreso mandamiento de Dios, oír la enseñanza de su padre, atender á su voz y aprender la ciencia de la vida: «Hijos», dicen los Proverbios, «escuchad la disciplina de vuestro padre, y atended para que sepáis ser prudentes.»<sup>1</sup> El precepto de la docilidad está incluido en el de la obediencia, tan inculcado á los hijos en las páginas de uno y otro Testamento. Bueno es tener presentes algunas de esas admirables sentencias, llenas de sabiduría, y que son para nosotros preceptos inviolables. El Eclesiástico dice: «El que teme al Señor servirá como á señores á los que le engendraron.»<sup>2</sup> Para el hijo temeroso de Dios los padres son amos y él siervo que los oye y obedece ciegamente. «Oíd», dice el mismo, «la sentencia del padre, para que seáis salvos.» El apóstol San Pablo intima repetidas veces este mandamiento: «Obedeced, hijos, á vuestros padres en todas las cosas, que esto es agradable en el Señor.»<sup>3</sup> No señala límites á la obediencia—*per omnia*—, porque, en efecto, no debe tener otros que los de la obediencia á otra autoridad suprema á la cual los padres mismos deben obedecer, la de Dios promulgada claramente por la ley y la conciencia. Y para dar fuerza superior al precepto de la obediencia advierte que es de justicia: *Hoc enim justum est*<sup>4</sup>. Nada, en realidad, más justo y razonable, según el sentido común de todos los hombres, y, para nuestro propósito, digo que ninguna virtud más necesaria en el niño, que la obediencia para el efecto de la buena educación.

<sup>1</sup> Prov. 4, 1.

<sup>2</sup> Eccli. 3, 8.

<sup>3</sup> Col. 3, 20.

<sup>4</sup> Eph. 6, 1.

9. Á la verdad, el niño no tiene otra guía natural que la mano de su padre. Irá por donde ella le lleve, á menos de oponerle una insensata resistencia. ¡Qué grupo más bello que el de un padre que lleva de la mano á su pequeñuelo! Imposible parece que el niño, guiado todavía por el instinto natural, que no por libre impulso, pueda oponerse al movimiento recibido de su padre. Tan contraria á la naturaleza, y por lo mismo tan mal vista es la desobediencia en el niño. Y sin embargo, nada más común que el espectáculo de niños desobedientes á sus padres. Á éstos es á quienes el lenguaje corriente apellida *malcriados*. Y con razón, porque muy mal se cría el niño que va creciendo con ese hábito de insubordinación y voluntariedad que, robustecido por la edad, le hará incapaz de educación. No se concibe educación sin obediencia, y ésta debe empezar desde la misma infancia, puesto que desde la cuna parece que viene apoderándose del corazón del hombre la pasión de hacer triunfar su propia voluntad sobre todas las demás, fatal legado de la desobediencia primitiva. ¿Por qué consentir en los párvulos esos primeros arranques de rebeldía que van formando en ellos unos hábitos tan perniciosos? ¿por qué no reprimirlos con mayor energía de la que se usa comúnmente en nuestros hogares? ¡Ah! por no contristar al niño á quien se adora como un ídolo, por no darle un momento de disgusto que le sería tan útil y aun tan necesario desde el punto de vista de la educación. Pero ¿no se recuerda que se perdió la humanidad entera con todas sus esperanzas de felicidad, por efecto de una desobediencia cometida en la infancia del género humano? Pues estad ciertos, hermanos carísimos, que otras mil veces se habrá de repetir esa lastimosa escena de la perdición del hombre por la desobediencia del niño. ¡Cuántas esperanzas burladas! ¡Cuánta felicidad perdida! y perdida irremediamente. Porque, lo repito, un hijo desobediente y protervo es refractario á la educación. Habría

que rendirlo primero como á una fortaleza enemiga, para abrirse la entrada á su inteligencia y á su corazón ya maleado. Pero, por difícil que sea esta empresa, no la creemos del todo imposible, á lo menos si para realizarla se recurre á los medios de orden sobrenatural que posee la sociedad cristiana. Más prudente sería valerse de estos medios, aparte de las demás industrias del amor y de la autoridad doméstica para prevenir el mal, formando á los niños, desde la más tierna edad, en el hábito de la cristiana obediencia. Para esto nada puede haber tan eficaz coma la imagen de Jesús Niño, obediente y sumiso á los que quiso tener por padres en el modesto hogar de Nazaret. ¿Por qué los niños cristianos, discípulos natos de la escuela de Jesucristo, no han de tener siempre á la vista este divino y encantador modelo? ¿Por qué los padres, cristianos también, aunque no siempre lo parezcan, no se lo han de hacer presente á sus hijos, y no han de valerse de la eficacia admirable que encierra? ¡Ah! ¿será tal vez por falta de espíritu francamente religioso?

10. Y ese ejemplar divino de Jesús obediente valdría también, y con no menor eficacia, para los adolescentes y aun para los hijos ya crecidos, pero que no han abandonado la sombra del techo paternal. Porque Jesús permaneció á la obediencia de sus padres hasta la edad de treinta años, hasta dar principio á su tarea de Maestro y Redentor. Y á los jóvenes no les es menos necesaria que á los niños la obediencia, por más que hayan salido de las aulas del colegio para dar principio á su carrera en el mundo, mientras permanezcan al abrigo de la patria potestad. ¡Ah! nunca más que entonces es útil y necesario obedecer á los que ocupan, en calidad de legados, el lugar de Dios. ¿Cuándo se ve el hombre expuesto á mayores peligros de perderse? ¿cuándo ejercen sobre su corazón más poder las seducciones exteriores, ni mayor fiereza tienen los combates interiores que le agitan, que al atravesar

esa edad borrascosa de la vida? Y ¿no será la obediencia el más seguro abrigo y como puerto de salvación en medio de esas furiosas tempestades? ¿No será la autoridad paterna, respetada y obedecida, la que lo pondrá á cubierto de mil riesgos y asechanzas, amparando la debilidad del joven y supliendo su inexperiencia del mundo? Ella terminará la educación comenzada en el hogar y continuada en la escuela para volver á completarse y recibir la última mano de la misma que puso al hombre en el camino de la rectitud. No se crea, pues, que está todo hecho al concluir la primera educación, la de la niñez; después de ella viene la segunda, más importante y quizás más delicada que la primera, coronamiento de toda una obra de largos años y fatigas. Aquí todavía tiene su lugar la obediencia. Óiganlo bien esos adolescentes ilusos que, apenas llegados á los umbrales de la juventud, se creen señores absolutos de sus actos, soñando con sacudir todo yugo doméstico y gozar de una libertad que todavía no les conviene ni les pertenece de derecho. Hasta en una edad mucho más adelantada, cuando ya la ley declara al hombre capaz de gobernarse por sí, *sui iuris*, el hijo bien aconsejado y prudente no sabe apartarse de la dirección de sus padres, sobre todo en los actos más trascendentales de la vida, cual es, por ejemplo, la elección de estado, negocio en que ciertamente no debe intervenir ninguna autoridad humana.

11. En conclusión diremos á los padres de familia que nada les interesa tanto para obtener el resultado á que dirigen sus esfuerzos, la educación, como mantener á toda costa en sus hijos el espíritu de obediencia y docilidad, medio sin el cual fracasarían infaliblemente todos los demás. Para ello no contentos con hacerles comprender las ventajas y la necesidad de esa virtud, les pondrán también á la vista los castigos espantosos de la desobediencia y las magníficas recompensas prometidas por Dios mismo á la

piedad filial. ¡Qué cuadro tan conmovedor y tan capaz de impresionar provechosamente á los niños, el de aquel desventurado príncipe é hijo desnaturalizado de David, el gallardo Absalón, suspendido de una encina por sus largos y hermosos cabellos, pagando con su cabeza, por disposición del cielo, el negro crimen de rebelión contra su padre! Y en cuanto á los premios y recompensas prometidas al buen hijo, ¿qué más puede decirse que lo dicho por San Pablo en tres palabras: «En todo te irá bien»— *Ut bene sit tibi*<sup>1</sup>, bien en tus negocios, en tu cuerpo y en tu alma, en tu persona y en la de tus hijos, en el tiempo, en la eternidad? ¿Qué mayor tesoro que la bendición del padre, acompañada de las bendiciones del cielo, con la cual no sólo se otorga á los hijos la longevidad, sino también se asegura larga duración á las familias? Halagados con recompensas tan espléndidas, los hijos serán dóciles, obedientes y amorosos, prestando así su contingente á la obra de su propia felicidad, la educación.

#### OCTAVA CONFERENCIA.

##### El magisterio, auxiliar de la educación.

I. Si todos los padres de familia estuviesen en capacidad de proporcionar á sus hijos todos los elementos que exige la labor educativa, seguramente no tendrían necesidad de buscar auxiliares fuera de su casa, y su obra llenaría el ideal de la educación. Pero ¿es esto posible, dadas las circunstancias ordinarias de la vida y, particularmente, las condiciones de la vida moderna? ¿Tienen todos, ó siquiera la mayor parte de ellos, el tiempo disponible y el genio y los talentos y luces necesarias para desempeñar tan alta como ardua y delicada función? Preciso es reconocer que

<sup>1</sup> Eph. 6, 3.

no sólo el tiempo sino la capacidad les falta á muchos padres de familia para dar á sus hijos no sólo la instrucción literaria y científica, sino aun la religiosa y moral. Claro está que la mayor parte de ellos, por mucha ilustración que posean, no han emprendido la carrera de maestros, y, por lo demás, si supieron sembrar en el corazón del niño, durante la primera edad, la buena simiente de los principios morales y religiosos, quizás no serían los más aptos para comunicarle, al apuntar la adolescencia, ideas religiosas de un orden más elevado, como las exige nuestro siglo, y hábitos de moralidad más acendrada. Sea, pues, por efecto de la posición social, sea por ocupaciones que les absorben la vida entera ó por otras causas diferentes, es lo cierto que la mayor parte de los padres que no quieren ver privados á sus hijos del tesoro de una educación completa, se ven forzados—á las veces con gran pena—á privarse ellos mismos del placer de guardarlos en su casa, para confiarlos á manos extrañas, no sin recelo, por más tranquilidad que les inspire la aptitud de los preceptores y el crédito del establecimiento. Nos encontramos, pues, carísimos hermanos, con la necesidad del magisterio profesional, fuente secundaria sí, pero importantísima, no sólo de instrucción sino también de educación pública y privada. Grande es la importancia de esos gimnasios ó planteles donde ejercita y desenvuelve sus fuerzas mentales la porción más selecta y afortunada de la juventud. Por lo mismo debemos dedicarle seriamente nuestra atención. Á propósito de colegios escribe un diligente observador de las costumbres sociales tan mal paradas en nuestros tiempos: «Por suerte ha dispuesto la Providencia se alzasen á cada paso casas de buena y cristiana educación, casas en que padres y madres de orden sobrenatural desempeñan con los hijos el espinoso cargo de educadores, que tan mal comprenden y tan detestablemente practican muchos padres y madres según la naturaleza, casas de educación